La ceguera

Esther Seligson

¿Alguna vez te preguntaste, Edipo, por qué los desdichados se vuelven ciegos cuando envejecen?

C. Pavese. *Diálogos con Leucò.*

Vivir no es fácil, ser hombre, menos. Duele, no se sabe por qué, pero duele, como un diente que no se acaba por desprender y ahí está, testereando el nervio a flor de piel con pequeñas intensas descargas a ratos sí a ratos no, quieto sólo para darnos la ilusión de un alivio, de un olvido que seduce, de un yugo que se vuelve ancho brocal nomás para permitir empinarnos mejor y caer dentro. ¿De qué sirvió tanto beber y tanta fornicación? Igual el pozo no se sació nunca y únicamente por ráfagas cerré los ojos y dije me quedo, estoy en paz, como un marinero que se aferra en tierra firme a su mareo de alta mar, o el insomne en su vigilia al parpadeo que le otorga el alba; y conste que no estoy hablando del desamparo, porque a ese descobijo no hay ni qué le cubra el frío, por más que lo apriete el desconsuelo de otro cuerpo, salvo el cielo raso, pues todo es Dios, dicen, y a Él pertenecemos, a Él, a Ti que acusan, reclaman, agradecen mas ¿quién intercede por Ti?, ¿qué voz se eleva para enjugar de Tu frente el vaho de tanta saliva como escupimos? Pobrecitos de nosotros tan huérfanos de consolaciones para Él, sí, para Ti que llevas sobre los hombros la carga de nuestras indiferencias y abandonos y tras los párpados el sueño que nunca terminamos de soñar y tanto Te hiere porque en él vertemos duda y amargura más que esperanza o espera, déjanos respirar, Tu soledad nos ahoga, nos agobia el pecho y deforma la espalda, pides demasiado y nos moldeaste frágiles, sabías que no estamos hechos para la pureza ¿a qué exigirla con tal denuedo y después acusarnos de haberte defraudado? Una batalla contra la desesperación y el resentimiento somos las vasijas elegidas por Ti para depositar en ellas el dolor y el exilio, Tu dolor, Tu exilio Señor de todos los caminos que hundes el báculo de Tus peregrinaciones en el arco de nuestras vértebras, una por una, una tras otra, y no porque quieras quebrarlo o debilitar los ligamentos; somos Tu soporte, el esqueleto que sostiene la respiración de Tu universo vacío con el oxígeno de nuestros pequeños goces, de cada mínimo alborozo, suspiro de contento, felicidad arrancada al vértigo de nuestras propias oquedades. En Tu voluntad por abrirte ilimitado fundiste en Ti nuestros propios límites, de ahí que no podamos imaginarte próximo y cercano y que debas recurrir al arsenal de Tus simulacros para arrancarnos una plegaria como quien, hambriento, roba un mendrugo de pan, una limosna para el amor de Dios; amor sin tregua que no encuentra su paz, la naturaleza toda no puede contenerlo, desborda nervaduras, capilares, corpúsculos, y se vierte en las aguas que tampoco absorben Su infinito anhelo y es entonces que penetra fuego líquido en nuestra sangre, sal en el humor de las lágrimas, alcali en el semen, menstruo dulzaino, yo Te sabía presente en cada uno de mis espasmos, en mi prepucio ahíto, en el temor al óvulo empreñado de la hembra abrazada, en mis eructos de borracho, Tú te alimentas de nuestras alegrías y nos dejas el dolor para consolarte, vulnerable, cualquiera de Tus nombres es un vendablo. "No preguntes por qué y cumple con tu destino —me dijo el Ángel—, y si fuiste elegido blanco de las divinas saetas, inclina humilde la cerviz y acepta pues *tú llevarás el yugo que venías a deshacer, la angustia que venías a curar*". Esa es nuestra única libertad, ¿no es así?, aceptar el abismo donde se vacía Tu parte divina, gota que nos horada gota a gota y va filtrando su orín en el humor aglutinante de nuestras células y lo enloda, sustancia gelatinosa y amorfa que Tu añoranza intoxica; como la baba del gusano vas tejiéndote casa en el destierro de ese músculo hueco que nos diste por corazón y, a veces, sí, es verdad, a veces el aleteo de Tus alas ilumina ese espacio multicavitario con un relámpago de fulgor inolvidable suficiente para darle sentido al impulso con que arrastrar la roca cuesta arriba, sísifos bienaventurados, mas a veces, también, es verdad, a veces la crisálida aborta y su fetidez corrompe todo aliento, incienso maligno que ciega nuestras esperanzas y va dejando su fosforescencia en la mirada, ojos incapaces ya de horizonte, veladuras que tatúan su perfil de máscara engañosa cual si fuera un verdadero rostro. Tú mismo nos empujas a la idolatría y nos colocas el cuchillo entre las manos para degollarte: no otra cosa inmolamos sino Tu propio Nombre. En cada sacrificio perjuro e infiel Tu efigie hendida en nuestra semejanza se astilla infinitesimalmente, ¿cómo recobrarte entonces?, ¿cómo reconciliarnos con nuestras equivocaciones y desengaños, con lo que no quisimos dar y tampoco recibir? ¿A dónde llega tanto camino recorrido? Podría también, al igual que Job tu siervo, sentarme con saco roto en la ceniza y clamar, podrida la voz por una lancinante nostalgia de justicia, y negarme a aceptar culpa alguna a causa de las postergaciones, los escamoteos y las ambigüedades con que ocultamos Tu de por sí oculta Presencia; y podría recordarte que no es nuestro sufrimiento consecuencia de ningún pecado castigo de Tu mano vengadora, sino el piadoso hontanar donde recogemos Tu atribulado exilio, mas ¿qué necesidad tenemos de mentirnos tanto? *La verdad no es una razón, es una pasión* —me dijo el Ángel—, *y lo menos razonable del hombre es su ser verdadero*. ¿Se te ha enfriado alguna vez el corazón, quise preguntarle, a causa de las claudicaciones?, ¿podrías contener en tu ígnea natura el fuego como clavo en la cabeza, sorda presión interna difícil de precisar, violento, a veces pulsátil, perforante, que martillea pesado y en accesos, a veces imprevisto, que zumba y obnubila sin reposo nuestros días de mortales inconformes, veniales? Te aprieto contra el pecho y el olor de tu substancia incorpórea y angélica embalsama mi carne. Lo que hay bajo todos los cielos es Tuyo, Señor, ¿y quién soy para pedir cuentas? No voy a condenarte para quedar yo justificado, ni a cuestionar Tus designios cuando me has escogido vaso de custodia. Señor de las reyertas intangibles, hazme instrumento de Tu divina Misericordia y reconcíliame con esta carga que acepté para mirarte mejor desde dentro y cobijar Tu palabra, yo, Tiresias, tiniebla iluminada... □